

Homenaje al Dr. Horacio Conesa

Tribute to Horacio Conesa MD

Dr. Juan Carlos Andreani

Director del Área Docente de la Fundación CENIT para la Investigación en Neurociencias.

Recuerdo, allá por principios de los años 70, cuando yo era ayudante honorario de 2ª y él jefe de trabajos prácticos de la 3ª Cátedra de Anatomía del -entonces- profesor titular Juan Carlos Casiraghi, ambos *no* médicos aún, cuando lo vi con un libro escrito en alemán que describía estudios volumétricos en músculos de cadáver.

Mi pregunta automática fue: *¿Sr. Conesa, usted entiende el Alemán?*, a lo que él me respondió, sin jactancia alguna mientras me mostraba el libro: *“No, no lo entiendo, pero si usted lo lee, verá que tiene muchas figuras, los nombres de músculos en latín y las cifras en centímetros cúbicos, por lo que se entiende sin dificultad”*.

Ése era Horacio, cuando se proponía un fin determinado, no había obstáculo que se le pudiera interponer, ni siquiera un idioma.

Así fue sobre todo cuando, injustamente, fuimos expulsados en tiempos camporistas por ser considerados no asimilables al “nuevo modelo” de sociedad.

Muchos, por eso, abandonamos la docencia para continuar nuestros otros trabajos y la carrera universitaria, pero él siguió reclamando lo que por derecho le correspondía y a través de la justicia, recuperó su cargo perdido a manos de aquellos usurpadores pese a las amenazas y prepotencia, fue un luchador. Su dedicación con humilde tenacidad está fuera de la más mínima duda, durante años, décadas, y a toda hora estaba en la cátedra, dando clase, organizando cursos, dictando charlas para cursadas de especialidad, en disección, creando distintos museos de Anatomía o su biblioteca, la cual su prodigalidad, nacida en su bonhomía (no ingenuidad), hizo que muchos libros se “perdiesen” en manos de algunos, no tan altruistas como él.

Cuando no estaba allí, solía vérselo dando charlas u organizando la actividad correspondiente a las muchas sociedades que formó parte, no como simple miembro figurativo, sino como activo generador de la actividad anatómoclinica de varias especialidades, especialmente Neurociencias, donde era un calificado experto.

Toda esta febril y continua actividad solía matizarla con organización de improvisadas cenas, picadas o sándwiches, donde todos eran invitados y allí sabía mezclar la continuación del trabajo, en forma de cordial organización proyectiva, junto a su campechana y abierta amistad.

Fue así, que tanto dentro como también fuera del ambiente universitario, compartimos muchas cenas y charlas entre amigos.

Paralelamente, su gran generosidad, su mano tendida a todo aquél que desee trabajar pues, con la única exigencia del cumplimiento de la tarea propuesta, le facilitaba todos sus recursos sin ninguna especulación. De este modo un día, hace más de veinte años, fui de nuevo a verlo para pedirle que me ayude a presentar un poster. Presentamos dos, y luego seguimos con otros cuatro, presentados en congresos internacionales, y luego, además, tres publicaciones y colaboraciones con colegas en dos trabajos que fueron premiados.

Lo mismo pasó con decenas y decenas de colegas, del país y el exterior, fue un fuera de serie.

Adiós, maestro.



JUAN CARLOS ANDREANI



Sin duda alguna, Horacio siempre se destacó por su prolífica actividad científica, pero fundamentalmente por su particular personalidad desafiante y enérgica actitud.

Para él los imposibles no existían, de hecho, nunca lo observamos sucumbir en ninguno de los proyectos por él liderados; a pesar de que sus planteos impresionaran quiméricos a primera vista, siempre encontraba el sendero adecuado, en el momento preciso para alcanzar los objetivos trazados. A pesar de décadas de trabajo compartidas y fluida amistad, nunca dejaba de sorprendernos con sus espontáneas e intuitivas respuestas o acciones. Capaz de proponer y planear un viaje a China desde la nada misma en escasos minutos, y lo más importante, estimular y convencer a todos sus jóvenes colaboradores a que participen en esa experiencia fantástica amalgamando ciencia y exploración de la cultura de oriente. Teresa o más adecuadamente “Teresita”, su esposa y compañera de toda su vida, sin duda alguna mucho ha tenido que ver con la incansable labor de Horacio en todos los campos. Sin descuidar su intensa actividad profesional, como reconocida dermatóloga, siempre se hacía el tiempo necesario para acompañarlo en cada una de sus aventuras, sea como presidente de un congreso, fundador de una sociedad o simplemente un viaje de esparcimiento destinado a pescar en lugares remotos.

Horacio siempre fue una persona versátil, flexible, capaz de amoldarse a las circunstancias sociales más diversas. Es así, que uno se maravillaba al observarlo interactuar con sus pares, prestigiosos científicos y autoridades universitarias como también con individuos de condición sociocultural diametralmente opuesta cuando periódicamente compartíamos los asados nocturnos en el estacionamiento de la calle Juncal junto a los playeros, encargados de los edificios vecinos y taxistas, entre otros. Aquí también la presencia de Teresita era característica y divertida. Casi como acto automatizado abría el baúl del auto de Horacio, tomaba una de las típicas sillas plegables de playa (reservada para la ocasión) y procedía a ubicarla frente al fuego, acomodarse en ella, e iniciar los interminables y divertidos diálogos.

Una vez finalizada la etapa gastronómica de la reunión, como era de rigor, llegaba el turno de las barajas españolas para dar inicio a las interminables rondas de “truco”, escenario en el cual Horacio sacaba a relucir la viveza e intuición complementando el conocimiento e información. Fueron muy pocas las ocasiones en las cuales Horacio no haya salido victorioso; pero para él era exactamente igual, contaba con una capacidad especial para disfrutar ante cualquier circunstancia si se encontraba rodeado de gente que apreciada.

Entre sus múltiples destrezas, una que disfrutábamos nosotros tanto o más que él, era su afición por la cocina. Absolutamente autodidacta, asombraba con sus originales recetas y métodos de cocción. Uno de sus mayores éxitos entre sus seguidores fue, sin duda alguna, el “jamón a la coca-cola”. El secreto: una pieza completa de jamón cocido, asado al horno a fuego lento por cuatro horas, con el constante agregado de coca-cola para evitar su deshidratación.

Cualquier momento y lugar era adecuado para que Horacio desarrollara su habilidad, es así que disfrutábamos de sus manjares tanto en las reuniones que frecuentemente llevamos a cabo en nuestros hogares, como también durante nuestra actividad docente en sus turnos de anatomía, durante los recreos. Considero que para muchos de nosotros Horacio no es solo un Maestro, sino un amigo y pleno ejemplo de actitud frente a la vida.

FABIÁN PIEDIMONTE



Cuando conocí al Dr. Conesa (como era conocido en ese tiempo), corría el año 1976 creo que era abril o mayo y el país estaba convulsionado por los acontecimientos históricos contemporáneos.

Mi primer contacto fue una mezcla de temeridad y colaboración. Era alumno novato de la asignatura Anatomía. “Vení ayudame a acomodar los bancos” fue su primera frase en el salón de trabajos prácticos de la 3ª Cátedra de Anatomía donde comencé mis estudios y él era Jefe General de Trabajos Prácticos.

A partir de este momento puedo decir que no nos separamos hasta su desaparición física.

Realmente tengo que resumirlo como mi guía, mi maestro en muchas cosas de la vida y por supuesto, en mi carrera profesional.

Era una persona pujante, diría que sin descanso. Su pasión era la “Cátedra y la Anatomía” pero creo que por sobre todo, su afán de ayudar a los alumnos, ayudantes de cátedra, médicos, especialistas y cualquiera que se acercara a pedir una mano.

Cultor de una anatomía clásica y aplicada con fuerte orientación médica aplicada, ha realizado una de las transformaciones más profundas en la Anatomía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Durante el período 2000-2010 y mientras estuvo como Director del Departamento de Anatomía y/o del Instituto de Morfología J.J. Naón, se rediseñó el programa de la materia para adaptarlo a los estándares internacionales vigentes, se remodelaron las instalaciones de la 1ª Cátedra (de la cual era su profesor a cargo por concurso), creando consultorios de anatomía clínica para estudiantes de grado y un centro de capacitación para graduados. Este espacio de formación profesional orientado a especialidades quirúrgicas permitió la realización de cursos de actualización para especialistas en neurocirugía, cirugía general, traumatología, oftalmología, otorrinolaringología, anestesiología, entre otras tantas.

Entre ambos existió una relación única e irreproducible, casi simbiótica.

También fue nombrado Secretario Académico de la Facultad de Medicina U.B.A en dos oportunidades (1986 y 2002) y por supuesto, él con toda su generosidad, me pidió acompañarlo y así lo hice.

Otra de sus cualidades y características, era la de ser un gran anfitrión y un conocedor eximio del gourmet criollo. Sus reuniones gastronómicas en muchos ámbitos eran “la convocatoria” y disfrutaba muchísimo de ellas. Era muy frecuente juntar a unos pocos en un almuerzo o cena de trabajo en su propia casa o en los mejores lugares de comidas del país donde se realiza el congreso del año. Allí surgía alguna nueva línea de trabajo o se definiría la nueva arquitectura de tal o cual laboratorio anatómico. Tampoco faltaron las reuniones culinarias en la cátedra o el instituto, con presencia multitudinaria.

Así era Conesa, un MAESTRO, con mayúsculas, muy querido por sus alumnos y discípulos y un colega cuya opinión era respetada y escuchada a lo largo y ancho de nuestro país.

Obviamente que hay mucho más a través de los casi 40 años que nos conocimos. Soy en parte lo que soy, porque tuve la suerte de que se cruzaran nuestros caminos.

MAESTRO y AMIGO, nuevamente muchas gracias y hasta siempre.

NÉSTOR FLORENZANO

Agradezco al Prof. Dr. Gustavo Otegui, por el aporte y colaboración respecto de los datos no personales de este pequeño homenaje a la figura del Prof. Dr. Horacio A. Conesa.